

1889

CONVENIENCIA

DE UN

CONCIERTO ECONÓMICO

ENTRE LAS

DISTINTAS NACIONES DE RAZA ESPAÑOLA

POR

D. PEDRO BOSCH Y LABRÚS

De LA ESPAÑA REGIONAL de 7 de julio de 1889

BARCELONA—1889.

IMPRESA DE HENRICH Y C.^ª, EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^ª

Pasaje Escudillers, 4

CONVENIENCIA

DE UN

CONCIERTO ECONÓMICO

ENTRE LAS

DISTINTAS NACIONES DE RAZA ESPAÑOLA

POR

D. PEDRO BOSCH Y LABRÚS

De LA ESPAÑA REGIONAL de 7 de julio de 1889

BARCELONA—1889

IMPRESA DE HENRICH Y C.^ª, EN COMANDITA

SUCESORES DE N. RAMÍREZ Y C.^ª

Paseje Escudillers. 4

CONVENIENCIA

DE UN

CONCIERTO ECONÓMICO

«*Ardua prima via, et in magnis sat est cepisse.*»

Venimos á plantear un gran problema sobre el cual hemos ya hecho indicaciones en varias fechas, la unión económica de las distintas nacionalidades de raza española. Es cuestión grave y de gran trascendencia para el porvenir, abarca en el concepto económico grandes facilidades para el desarrollo y aumento de los medios de vida, y en el político la constitución de una gran fuerza para asegurar la independencia de las nacionalidades unidas. Por más que hagan y digan los políticos cándidos y los filósofos visionarios, por más que se hable en distintos tonos de paz universal y fraternidad de los pueblos, la brutal realidad es, como dijo Bismarck, que *la force prime le droit*; y esto ha sido en el pasado, es en lo presente y probablemente será en el porvenir, por lo cual las naciones débiles no serán jamás real y positivamente independientes, como lo demuestran hechos recientes que se repiten con sobrada frecuencia.

Pero por lo mismo que el asunto es grave y de gran trascendencia y que no creemos fácil su realización inmediata, nos concretaremos á la enunciación de la idea con ligeras consideraciones basadas en los fenómenos y adelantos de la producción, esperando que las personas previsoras y aquellas á las cuales Dios ha dotado de superior inteligencia, se apoderen de ella para desarrollarla y transmitirla á la

opinión pública en los diversos estados á quienes interesa, ya que la opinión es en último resultado la que se impone á los altos poderes, en todo lo que trasciende ó tiene referencia con el bienestar general.

El progreso realizado desde 1830 en los distintos ramos de producción, las transformaciones que ha experimentado la manera de producir con la aplicación de los modernos inventos, la baratura obtenida en los transportes así por tierra como por mar con la aplicación del vapor, y los sistemas aduaneros que vienen implantando las grandes naciones, procurando por una parte ponerse á salvo de la concurrencia extranjera, y por otra conseguir de las naciones débiles conciertos ó tratados más ó menos leoninos para asegurar mercados á sus productos, hacen indispensable la creación, entre las naciones pequeñas, de grandes agrupaciones económicas, ya para facilitar el establecimiento, ó la continuación en su caso de un gran número de industrias, que sólo pueden vivir disponiendo de grandes elementos y de un consumo extenso, ya para prevenirse contra las imposiciones de las grandes potencias.

Cualquiera que medite sobre la marcha de los sucesos y la política hoy dominante en el mundo, encontrará que en el fondo de toda cuestión ó diferencia entre unas y otras naciones asoma un interés económico. En siglos pasados la cuestión religiosa fué origen de muchas y sangrientas guerras; las necesidades económicas que hoy impulsan á varios gobiernos á la conquista ó creación de colonias, y no por cierto para extender la civilización, sino para conquistar mercados, serán indudablemente el móvil principal de las luchas ó guerras en el porvenir. Al quijotismo de otros tiempos ha sucedido el positivismo de los ingleses, que es el que hoy impera en el mundo. Los españoles y portugueses gastaban su dinero y exponían sus vidas en busca de tierras desconocidas, algo por espíritu religioso y mucho por amor á la gloria; ahora se buscan países poblados, y tomando por pretexto la idea humanitaria de civilización, se conquistan para dominarlos y asegurar un mayor consumo de manufacturas.

La evidente evolución económica que se está verificando en los

distintos países, ha de imposibilitar en un plazo más ó menos breve el establecimiento de industrias nuevas y dificultar la continuación de las existentes en las pequeñas naciones. Sólo pueden producir en condiciones aceptables y remuneradoras los artefactos montados en muy grande escala, y éstos no serán posibles ni podrán sostenerse cuando deban concretarse al consumo interior de una comarca limitada. La maquinaria moderna absolutamente indispensable si se quiere obtener perfección y economía requiere grandes capitales para su instalación, y si éstos han de percibir un interés proporcional, el trabajo de aquélla no puede estar subordinado al consumo, sino que se ha de procurar su funcionamiento constante al objeto de conseguir la mayor producción posible, para lo cual es necesario contar con un consumo equivalente. Las mismas artes y oficios que antes eran pequeñas industrias caseras constituyen hoy establecimientos grandiosos movidos por máquinas de vapor de gran potencia, de los cuales uno solo puede abastecer en su especialidad una gran comarca. ¿Cómo, pues, podrán crearse ó sostenerse tales establecimientos sin contar con extensos y poblados territorios que abastecer, sin una seguridad ó cuando menos probabilidad de colocar sus productos? Por otra parte y atendiendo á la mancomunidad y al enlace que existe entre las distintas industrias que contribuyen mutuamente á su progreso y desarrollo, las que vivan ó pretendan vivir aisladas, se encontrarán en una inferioridad relativa respecto de las establecidas en centros realmente industriales, donde hasta la atmósfera que se respira parece impregnada de aquellos rudimentos mecánicos que requiere el establecimiento de una gran industria en el siglo actual.

Se objetará tal vez que la Bélgica, nación de cinco millones de habitantes tiene una industria pujante, y tan desarrollada y en tan buenas condiciones como la que más. Pero debe tenerse en cuenta que hoy por hoy su exportación es considerable; y que por efecto de la evolución antes indicada es muy probable que vaya disminuyendo, ya por la tendencia proteccionista que se nota en todas partes excepto por desgracia en el actual gobierno de España, ya por la codicia de

las grandes naciones que abarcarán el consumo universal valiéndose de toda clase de medios, aunque sea abonando primas á la exportación que permitan vender á menos del precio de coste, como lo está ya practicando alguna de ellas, hasta conseguir la ruina de las naciones menos poderosas. Y siendo un gran consumo el factor más importante para producir bien y barato, á medida que éste vaya menguando menguarán también las buenas condiciones de sus artefactos, quedando en situación altamente desventajosa el día que deba concretar su producción al consumo interior. Hace algún tiempo que se habla de su unión con Holanda, que posee algunas riquísimas é importantes colonias; de llevarse ella á cabo y como quiera que entre las dos naciones constituirían una agrupación económica importante, quedaría la industria belga asegurada contra las eventualidades del porvenir.

La formación de grandes nacionalidades económicas se impone, so pena de quedar las pequeñas naciones arrolladas y más ó menos tarde anuladas. España podría, hasta cierto punto, prescindir de ello, concretando sus aspiraciones á vivir dentro de su propia casa y estableciendo un sistema económico que la libraría de la explotación extranjera. Pero quedaría relegada al olvido y representaría un pequeño papel en el mundo, la que en remotas épocas tuvo en sus manos los destinos de Europa. En cambio uniéndose económicamente con las demás naciones de raza española, con aquellos hermanos de allende los mares que piensan y hablan en el mismo idioma en que pensamos y hablamos nosotros, que tienen generalmente iguales vicios y virtudes, aptitudes idénticas é idénticos sentimientos, que no obstante los errores y las torpezas de los gobiernos, que en ocasiones han dado origen á luchas fratricidas, consideran siempre á los españoles como hermanos, ¿cuál no podría ser el desarrollo industrial y mercantil de unos y otros países? ¿dónde no podría alcanzar nuestra potencia productora, que es hoy la base principal de la riqueza y por tanto de la fuerza y poderío de las grandes naciones? Que así como el trabajo es fuente de riqueza, ésta lo es de fuerza y de poder, y por ello dijo

sin duda no hace muchos años en el Congreso español un gran estadista: «el trabajo es el rey del mundo». Y si de esta unión ó concierto entraba á formar parte la raza portuguesa de uno y otro hemisferio, que tantos puntos de contacto tiene con la española por su procedencia y por su idioma, resultaría una agrupación económica tan potente, que nada tendría que temer, á pesar de su actual atraso, de ninguna de las grandes potencias productoras.

Y entrando, aunque de paso, en ligeras consideraciones prácticas, diremos que la marina mercante débil y escasa en los pueblos de origen español y uno de los factores más importantes para el desarrollo de un país, podría fomentarse fácilmente, disponiendo que el comercio entre los pueblos confederados pudieran sólo practicarlo los barcos construídos en alguno de ellos y que ostentasen su bandera. Las distintas industrias, se crearían unas y crecerían y se fomentarían otras con la imposición de derechos razonables á los productos de los demás países; y todas estas medidas serían respetadas *sans arriere pensée* por las grandes potencias, por la significación que tendría una liga ó concierto entre naciones que sumarían juntas de 60 á 80 millones de habitantes. Porque naturalmente, la liga económica llevaría como consecuencia natural una especie de alianza defensiva, y evitaría no sólo ciertas vejaciones que con frecuencia se ven obligadas á soportar de naciones poderosas, algunas de aquellas en las cuales se habla español, sino que sería un dique respecto de las repúblicas contra supuestas absorciones, que muchos creen inevitables si continúan aquéllas aisladas y sin más recursos que los propios.

La unión de la raza latina, que algunos proclaman como una panacea, no es en el fondo más que un ideal de circunstancias, en algunos para facilitar á los franceses el desquite contra los alemanes, y en otros para extender la forma de gobierno republicana. Pero ningún bien había de resultar de tal unión á la raza española, que representaría en ello poco ó nada, porque no pasaríamos de ser los satélites de otra nación poderosa, que no es por cierto la que menos ha explotado á la española. No hay más que recorrer las páginas de la histo-

ría para conocer los resultados de las distintas alianzas, y lo fatal que nos ha sido siempre la intervención más ó menos directa de influencias extranjeras en nuestros asuntos, y quizás podríamos añadir que nuestra decadencia empezó cuando corrían unidos, ó poco menos, nuestros intereses con los de los alemanes. En verdad, no obstante algunas gloriosas conquistas que determinaron una grandeza momentánea, las ventajas positivas fueron para otros, por efecto de la funesta política que se siguió en lo económico y de las poco meditadas disposiciones que regularon nuestro comercio con las Américas recién descubiertas.

Mientras los españoles gobernaron la España por sí propios, fué ésta creciendo en fuerza y poderío, desalojó á los moros sin auxilio de nadie, descubrió y colonizó extensos territorios, y llegó á tal altura, que era indudablemente la nación más productora y quizá también la más poderosa de Europa. Nuestros barcos recorrían todos los puertos del mundo conocidos; nuestro comercio tenía cónsules en los centros importantes, así de Asia como de Africa; exportábamos paños y sederías á Inglaterra y Holanda, á Italia y Turquía, y aquellos y otros productos á muchos pueblos del extremo Oriente. Pues ¿por qué no hemos de volver á ser lo que hemos sido, sin concurso extraño, que nos ha sido siempre perjudicial, y que lo había de ser mucho más si se creaba una confederación latina, en la cual, como he dicho, ningún papel representaríamos, como no fuera el de satélites de una gran potencia?

Sobran alientos y vigor y patriotismo á nuestra raza, y elementos también, especialmente en la actualidad, que se halla extendida y ocupa extensos territorios en diversas partes del mundo, para dirigirse por sí propia, restablecer y aumentar sus industrias, crear un vastísimo comercio y reconquistar su glorioso pasado, sin apelar á la unión de los pueblos latinos. La unión de la raza española, siempre noble, siempre hidalga, cuyas condiciones de carácter son idénticas, así en el Antiguo como en el Nuevo mundo, á la cual no ha maleado aún por completo el positivismo, es la que ha de engrandecernos y elevarnos al puesto eminente que así en lo político como en lo económico hemos

ocupado entre los pueblos de Europa. La raza española no ha nacido para ser esclava, y esclavos ó poco menos seríamos si, coadyuvando á los propósitos de los que aspiran á una inteligencia ó confederación entre la raza latina, llegaba ésta á realizarse.

Todo lo que tiende á fomentar las relaciones entre los españoles de ambos hemisferios, á restablecer y estrechar los lazos de unión entre los respectivos gobiernos, es político, es previsor, es altamente patriótico. Mucho se ha hecho en favor de estos ideales en pocos años; la Asociación iberoamericana, con su activa propanganda, ha conquistado numerosos prosélitos aquende y allende los mares; sus propósitos son bien acogidos en todas partes, y sus partidarios aumentan de día en día. ¿Y cómo no ha de ser así, si se siembra en terreno fertilísimo, si aquellos propósitos son los que de una manera más ó menos vaga se albergan en los corazones de todos los que tienen sangre española en las venas? Sólo se trata, pues, de despertar la fibra del sentimiento para que éste responda con entusiasmo, y asientan todos á la idea patriótica indicada, cuya realización es lo que puede engrandecernos y asegurarnos un porvenir glorioso é independiente.

La Exposición flotante iniciada y dirigida por el Excmo. Señor Conde de Vilana, y llevada á cabo por sus esfuerzos y patriotismo, con el principal fin de llevar á las Américas españolas una pequeña muestra de nuestra potencia industrial, es también digna de los mayores encomios, es el primer paso práctico dirigido á patrocinar los propósitos patrióticos de la Asociación iberoamericana. Es conveniente que nuestros hermanos de América sepan que no hemos bajado tanto como se supone, que hay todavía en España producciones potentes que pueden competir y compiten con las similares de las grandes naciones, artistas de primer orden y consumados industriales que recuerdan nuestros buenos tiempos; y es que las tradiciones del trabajo, cuando están bien cimentadas, se conservan por siglos, y difícilmente se pierden, por muchos que sean los desaciertos de los gobiernos. Lo que falta á nuestra industria, lo que falta á nuestra producción, es un gran mercado, es un gran consumo, para elevarse á tanta altura como la que más, en baratura y perfección.

En resumen: la unión económica entre los distintos pueblos de raza española, y mejor si se agregaba también la portuguesa, sería un gran bien para todos, pues constituiríamos una nacionalidad ó potencia económica de primer orden, que á la par que nos pondría á cubierto de las asechanzas de las grandes naciones, facilitaría en aquéllos la creación de toda suerte de grandes industrias y de una marina mercante poderosa, asegurando la libertad, la independencia y la riqueza de la gran familia iberoamericana.

P. BOSCH Y LABRÚS.

Barcelona, Julio 1889.
